

### XIII. Día de suerte

Pasaron ocho años desde que Eileen abandonó la Maltonta de los aspirantes y se unió a la élite de Cusam. Aquel combate le devolvería de nuevo al inicio. Su cometido era perder. Y esta vez, iba a hacerlo. No desobedecería nunca más la orden de Cusam. Tenía motivos para hacerlo. Juró que les protegería. Ocho años más tarde, podían hacerlo. Mac, Mei y ella podían salvarse.

La pasarela de subida huele distinta cuando sientes la victoria antes del combate. Aun cuando debía perder. Una luchadora de las arenas sabía cuál era su papel: saludar, luchar, perseverar. Durante ese largo tiempo no perdió ni un solo combate. Ninguno le quitó la vida del todo.

≈

Ben tenía la cabeza vendada con una tela que le tapaba una herida aún abierta. Solo la suerte evitaría una infección de aquel trapo usado y maloliente que le habían proporcionado. Karim se presentó ante Mirko con todas sus fuerzas de élite, dejando el poblado en manos de unos pocos buenos estrategas capaces de hacer frente a un estúpido intento de saqueo por parte de la tribu de Julia. A diferencia de él, Mirko decidió presentarse únicamente con Júpiter y Eileen. Un Konth y una Konther, dos razas contra las que Karim se pasó años huyendo y luchando para ofrecer una vida digna a su pueblo. Estupefacto por la situación, Karim no podía dejar de cuestionarse la decisión de Mirko:

— Mirko, de verdad me estás intentando convencer para que trabaje con ellos. ¿De verdad? Cuando éramos más jóvenes eras divertido. Ahora no le veo la gracia.

— Cuando era joven tú eras un chaval malhumorado que siempre llevaba un ojo morado.

— Meterme en líos es mi especialidad.

— Liarte con mujeres con los huevos más grandes que los tuyos y dejarlas más tarde te metía en líos. Ellas te dejaban a cambio un bonito moratón en la cara.

Apartados de todos los demás, Eileen observaba a los nietos de Mirko. La más pequeña de las niñas se puso a llorar indicándole a su madre que no le gustaban los ojos de “eso”. Júpiter intentaba mantener conversación con los soldados de Karim, pero estos le ignoraban. A pesar de ello, Júpiter continuaba una conversación sobre armamento. Se podría decir que recitaba un monólogo.

— Si nos hemos pasado la vida luchando contra ellos, ¿qué sentido tiene que te alíes con la oscuridad? – preguntó Karim.



— La luz. Soy viejo y dentro de poco viajaré a las estrellas dónde alcanzaré la luz o me perderé en la oscuridad del frío y desolado infinito. Aunque no te lo creas, esa joven de ahí...

— ¡Ese monstruo! – interrumpió Karim –. Ella dejó de ser terrana cuando escogió vivir con los Konth en vez de morir. Además, ¿crees que no la reconozco? Ella aspiraba a ser una Gran Diosa. Reina de reinas. Ilma Tuth la estaba preparando para ello, solo hace falta ver el color de sus venas bajo la piel.

En aquella época del año, el sol calentaba tanto el ambiente que se hacía complicado respirar. Para un hombre con la muerte pisándole los talones, hablar le resultaba un esfuerzo considerable bajo aquella temperatura asfixiante. Con un pañuelo de colores, limpió el sudor de su cara y respiró profundo para coger aire.

— Un monstruo que puede engendrar monstruos, amigo mío.

— Repite eso, viejo.

— *Y caminará por las estrellas y nadará en el oscuro mar de la soledad, sosegada por el frío y empoderada por la luz de los mil millones de ojos que ocupan el cielo, la criatura nacida de los mundos dónde el agua es el padre y la tierra es su madre...* “Libro de los Reyes del Rey; versículo segundo; Mundos”.

— Ahora también te sabes de memoria su puta religión.

— Ahora sé por qué los Konth creaban dioses, Karim.

— Los dioses no existen viejo. Tú mismo me enseñaste esa valiosa lección. Fue con aquel intento de líder que quería quitarte los derechos del poblado. Amparaba a los dioses del hiperspacio para que le trajeran la gloria. Yo le sostenía asfixiándole la garganta y antes de que atravesaras su corazón lo dijiste: “ponerle nombre a un dios es como ponerle nombre a un trozo de pan. Te llena el estómago por un momento y agradeces esa plenitud nombrándolo y al nombrarlo lo haces real. Pero al final acabas echándolo y el vacío de tu estómago vuelve a ti. Da igual cuantas veces lo nombres. No llenará el vacío para siempre”

— Son una raza orgullosa los Konth, tanto que se consideran a ellos mismos dioses. Sus razones no les faltan. Si no hubiera sido por sus máquinas e ingenio, nos hubiéramos extinguido como especie. Nos llaman salvajes, pero lo que desconocen los Konth y los capitales es que nos llamamos a nosotros mismos colonos: aceptamos el favor de los Konth y bienvenida fue su sabiduría, pero su imperio no conlleva el acto de sumisión al que la raza original fue sesgada. Elegimos la pobreza, a la sumisión. Elegimos el camino de la guerra, atrás dejamos la paz.

— Viejo, se te está yendo de madre...



— “*El agua es el padre y la tierra su madre. Criatura nacida de seres supremos. Que caminan por las estrellas y se alzan de gloria en las tierras*”. El único lugar en el que los terranos alcanzan la gloria es en la Arena de combate. Creando una raza de dioses, para que nazca la criatura que camina en el infinito.

— ¡Lo que estás diciendo es antinatural! Un Konth y un terrano no pueden aparearse.

— Tú mismo lo dijiste antes, Karim. Esa chica ya no es terrana. Es una Konther. Ni humana, ni Konth. Una raza que se ha alzado en gloria en la tierra. Ilma Tuth sabía muy bien lo que hacía cuando la compró. Al igual que Sirha Tuth cuando compró a Fenrir o Milia Tuth al comprar a Hunab. Y muchos otros...

— ¡Me niego a seguir escuchando!

Karim era un hombre de muchas batallas. No solía pensar, actuaba. Solo tenía en cuentas las consecuencias inmediatas, nunca las futuras. Eileen se encontraba de pie, alerta y precavida ante los movimientos de los soldados de la tribu visitante. Pendiente de Júpiter. Escuchaba los pasos de Karim tras de sí, aproximándose con decisión. Los nietos de Mirko se desplazaron hacia el lado de los soldados. Harían falta diez segundos para que Júpiter desplegara su arma antes de que los soldados se le echaran encima. Ocho para que Amir golpeará a Eileen por la espalda. Seis para que Mirko gritara el nombre de Karim para que se detuviera. Dos para que Karim tomara la decisión de no escuchar. Por desgracia para el jefe tribal, Eileen necesitó dos segundos para analizar la situación. Llevaba un segundo de ventaja. Se tornó hacia la izquierda para evitar el derechazo de Karim. Agarró el brazo de éste y le placó con una llave. Nueve segundos. Júpiter desenfundó su arma antes que los soldados de Karim.

Los niños de Mirko lloraban. Eileen se alejó tres metros de Karim, un espacio prudencial para anticiparse a sus movimientos ofensivos. Karim dio la orden de o intervenir a sus soldados. Todos sabían que no tenía posibilidades contra la Konther. Intentaba alcanzarla con un golpe, pero Eileen siempre lo esquivaba. Se resistía. No atacaba sin una orden. Karim no tenía nada que ganar y nada que perder. Eileen le entendía muy bien. Uno de los golpes de Karim fue directo al rostro de Eileen. Ella lo frenó con la mano mecánica, la que triplicaba la fuerza de un adulto. El jefe tribal soltó algún improperio que Eileen no entendía y ella le dejó ir.

— Cuando te canses avísanos, jefe – rio Júpiter.

— ¡No me hables como un amigo! ¡Eres un usurpador! Peor aún, eres un traidor de tu propia raza... Como esos monstruos a los que acoges, Mirko.



— Eileen, te acuerdas de lo que hablamos de la historia, ¿cierto? – preguntó Mirko a Eileen. Ella asintió con la cabeza al maestro –. Cuéntame aquella historia niña. Aquella que te convirtió en monstruo.

— Arena de la Luna Creciente. Brianna Valkiriae Star, amo Rushir Tuth. Habilidades defensivas: piel de serpiente, facilidad para el camuflaje; garras de jaguar, ventajas defensivas; olfato mejorado, piernas biónicas, capacidad de regeneración epidérmica mejorada. Probabilidades de éxito del combate: 48%. Cusam, señor de la Maltonta, dio la orden de morir. Brianna Valkiriae Star debía sobrevivir al combate. La recompensa: Mac conseguiría las prótesis necesarias para ganar el combate contra Sejmet. Mei dejaría de estar al servicio de la Hurad. Mi muerte, su libertad.

— ¡No me cuentas pendejadas, animal impuro! ¡Mataste a Star! ¡Vendiste tu libertad! – gritó Karim, mientras sostenía su brazo dolorido por la llave de Eileen.

— ¿Por qué mataste a Star, niña? – preguntó Mirko.

— No quería matarla a ella. Quería matar a la criatura de su estómago.

Muy pocas eran las veces que Karim se quedaba sin nada que decir. Qué decir, al fin y al cabo, ante una respuesta cómo aquella. Un monstruo evitando que otro monstruo naciera del vientre de lo que quedaba de humano en aquella criatura.

Sheila abrazó con fuerza a la más mayor de sus hijas. Embarazada de siete meses. Uno de los soldados corrió hacia la joven y su madre. Un instinto básico de protección de un padre orgulloso. Eileen los observó. No importa si eras niño o adulto, aquellos ojos grises de iris verde se clavaban en el corazón de las personas que la miraban a los ojos, que veían su verdad sin escuchar un sonido de su boca. La Konther caminó hasta la joven. Los soldados hicieron el amago de intentar detenerla, pero esta vez fue su propio Karim el que dio la orden a sus propios soldados de no intervenir. Karim también pidió a Sheila y la embarazada Ivori que no detuvieran a la Konther. Madre e hija podían escuchar la respiración de Eileen, su corazón bombeaba con tanta fuerza que sus venas se oscurecieron del mismo modo que cuando cazaba en un combate. Eileen extendió su mano y lo tocó. Tocó a la criatura que crecía dentro del estómago de aquella joven. Se movía. Podía sentirlo dentro de aquel espacio de fluidos y carne.

— Nunca nos liberarían – dijo la Konther. Instintivamente, Ivori llevó su mano a la de Eileen con la intención de detenerla. Temía por la vida de su hijo. Lo que la nieta de Mirko no esperaba era que una lágrima de color negro mojara la misma mano posada sobre la de Eileen. No sabía que los Konther podían llorar – Nunca dejarían a Mei irse. Nunca ayudarían a Mac a ganar aquel combate. Debíamos morir, los tres. Sin el favor de los Tuth para volver a la vida. Acabados. Derrotados. Porque no obedecíamos. Nos negábamos a ser sus perros. Querían que fuera un lobo, pero me



limaban los colmillos y cortaban mis garras. Si iba a morir, no sería como un perro. Cumplí la última voluntad de Star. Ella me lo pidió. Ella lloró. Si iba a morir, me pidió que me llevara a su criatura conmigo. Para que esa criatura no fuera un perro como lo éramos nosotras. Y eso hice, pero salió mal... Yo morí. Star murió. Su criatura...

— ¿Qué ocurrió Eileen? – pidió Júpiter a Eileen rogante, alzando la voz –, ¿qué pasó?

— ... brillaban las luces. El dolor, recuerdo el dolor. Está permitido recordar el dolor. Mi corazón. Dejó de latir... – Eileen se alejó de Ivori y Sheila, hija y madre. Sentía de nuevo aquella sensación sobre el árbol de Yavanna. Recordaba. Recordar estaba prohibido.

— ¿¡Qué pasó!?! – gritó Júpiter, alterado.

Al escuchar los gritos de Júpiter, el resto de Konther no dudaron en aparecer. Los soldados de Karim se pusieron a la defensiva. Nunca antes lo habían visto así. Júpiter cogió el cuello de la Konther y le exigió varias veces que se lo dijera con insistencia. Karim y algunos de sus soldados intentaron separarle de ella. Vodnik corrió hacia Eileen, pero ella le detuvo con un solo gesto. Las venas de la Konther se tornaron negras. Debía actuar. Cogió el brazo de Júpiter y lo separó de su cuello, empleando toda la fuerza que tenía. Dobló su muñeca. No llegó a romperla. Júpiter se abalanzó de nuevo sobre ella. La sangre negra de los globos oculares teñía sus ojos de oscuridad. Desplegó los colmillos y las garras y mordió a Júpiter en el cuello. Se desangraba. La sangre de Konth es, en realidad, azul navío. Un color muy concreto y peculiar.

— Suficiente – dijo Mirko levantándose de su asiento.

Una sola palabra de Mirko y tanto Konth como Konther terminaron su disputa. Los Konther obedecieron también y se colocaron tras el jefe tribal. Psico, la guayambina, se sentó al lado de su maestro. Karim replegó a sus soldados.

— ¿Qué coño ha pasado? Este tipo acaba de atacar a su propio Konther...

— Quién con monstruos luce, cuide de convertirse a su vez en monstruo. Cuando miras largo tiempo a un abismo, el abismo mira dentro de ti.

— Eso me suena, lo dijo el loco Fred, ¿no?

— Sí, aquel tipo era muy peculiar y desquiciado. Pero usaba bien las palabras – Mirko caminó hasta Eileen. Se convierten en eternidad, esos segundos en los que un enorme grupo de personas espera que ocurra algo. Como unos espectadores observando a los artistas actuar en un teatro –. Tranquila niña. Ha sido un momento muy duro. Has entendido lo que es la historia y, como has podido comprobar, a veces no es agradable. Es la que es.

— No sé qué ocurrió. Los amos no permitían hablar...



— Lo descubriremos – dijo Júpiter.

— ¿Cómo, azul? – preguntó Karim.

— Los agentes de paz – respondió Júpiter –. Ellos están al día de dónde residen los Tuth, qué negocios se llevan entre manos, incluso lo que mierda sea que les dé por comer ahora. La empresa para la que trabaja mi amigo Ben, la estábamos investigando no solo por Eileen sino por la conexión de Eric Gardner con Parsi Tuth y con Sara Newt, de la Capital 3.

— ¿Peces gordos de las capitales, viejo? Nos encanta poner a cocer a los capitales que se creen superiores o iguales a los azules.

— Jefe tribal Karim, Sara Newt es una de las máximas representantes del movimiento anti-konther. Ella es la que expulsa de las capitales a los Konther dejándolos en vuestras tierras para que los matéis a base de golpes o para que se mueran de hambre o enfermedades. Ella es la responsable de que toda esa basura que ves detrás de Mirko esté aquí. Considérame un basurero, reciclo desperdicios como ellos.

— Siento interrumpir... – Ben se encontraba sentado en el suelo, custodiado por dos guardias de Karim. Los tres líderes se sorprendieron al escucharlo. No era de negar, los tres habían olvidado por completo que el historiador se encontraba allí –, pero quizás puedo ser de ayuda. Lo que he intentado decir a esta buena gente durante unos cuantos días es que no llegué a subir al avión para huir del presidente Amir. Y, ahora que os escucho, tengo un contacto con Sara Newt...

Karim iba a hacer una de sus entradas agresivo-pasivas, su forma de decir a todo el mundo que era él quien mandaba. Fue Mirko, para sorpresa de sus propios nietos, quién se levantó con sus últimas fuerzas. Ben se levantó, era una falta de respeto estar sentado mientras un anciano hablaba, no importaba si fueras un terrano capital o salvaje.

— Eso, joven, tienes que decirlo antes. Nos habiéramos ahorrado algo de sangre, roja o azul.

Silka Delaney tenía por costumbre lavarse las manos con agua y limón, como solía hacer la maestra antes que ella, y la anterior a ella. Era un rasgo distintivo de su hermandad, una de las más respetadas por los Tuth antes de que la dinastía de la reina Sidfkhasui disolviera las Comunidades. Aunque el lugar al que iba no necesitaría que se le reconociera. Cusam hacía años que perdió el olfato cuando lidió con el motín de la rebelión de hace tres años. Ni olfato, ni papilas gustativas desde que los Ushnib le arrancaron parte de la nariz de un mordisco. A pesar del descuidado aspecto del maestro de la Maltonta, Silka Delaney se sorprendía de que el viejo y malhumorado Cusam siempre tuviera lo que quedaba de la entrada monumental, limpio y despejado. Él mismo se



encargaba de limpiar y pintar aquel vestigio de lo que fuera un pasado glorioso. La única gloria que le quedaba al pobre diablo y sus soldados consistía en la intermitente visita de Silka Delaney acompañando a su señor.

Cusam gritó a sus hombres para que se pusieran en fila para recibir a su eminencia. Dos veces eran las que se pronunciaba el nombre del invitado de honor. Una, el de padre y madre del invitado, para honrar a la familia. Ilma Tuth salió del ostentoso vehículo ayudado por Silka Delaney. Saludó a Cusam con un breve movimiento de su brazo y pasó de largo a los soldados. Iba directo a su objetivo, sin pararse a entregar los regalos que trajo para el señor de la Maltonta. El olor de aquel lugar continuaba siendo como el de las pesadillas de los muchos niños que pasaron por aquel lugar: sangre y fluidos, horror y desesperación.

El tiempo pasa, sin duda, y aquel lugar era la certeza de una realidad vital e inamovible. La primera vez que Ilma pisó aquella arena acababa de recibir la distinción de honor Tuth, heredada de su difunto padre. Ilma Sirge Tuth, tercer general de su majestad el rey Tuthmestian. El general tenía una amplia cartera de Konther aptos para la venta. Él mismo se encargaba muchas veces de la selección, incluso pedía a los maestros de la Maltonta examinar él mismo la mercancía. Solía fijarse en los dientes. Es importante, decía, porque unas encías débiles harán que no se sostengan los implantes dentales, se pudrirá la dentadura y habrá que cambiarla constantemente. Un informe médico de la Maltonta es primordial, cuántas enfermedades terranas sin seguimiento han tumbado a los más grandes. El general amaba su profesión. El hijo respetaba al padre por ello. Pero dentro de su corazón existía un temor que no podía salir jamás a la luz: el de no ser digno de la gloria a la que llegó su padre. Por ello, Ilma aceptó la proposición de su amigo Jeila de pisar la arena e intentar mantener a su familia en aquella elevada posición, inestable y fluctuante para un joven de su posición. Muchos fueron los combates. El tiempo y la persistencia hicieron que su nombre resonara al lado del de su padre. Todas aquellas transacciones. Los favores. Las sonrisas falsas ante un rival. Todos aquellos combates. De todos ellos, aquel que siempre se mantenía presente en su memoria y en su corazón era uno: el día en el que vio aquella luz brillar más que ninguna. Ella era la luz que más brillaba. En sus días más calmados, en los que la paz de su mente se lo permitía, como un niño que se ha ganado el abrazo de un padre, soñaba con aquel combate. Vio la gloria de una diosa alzarse más alto que las estrellas. Digna de caminar con el gran rey. Tanta era el ansia de Ilma Tuth por alcanzar la gloria que lo llamaba amor.

Bajo la arena, Cusam mantenía las baterías funcionando para que las jaulas de contención estuvieran operativas. Cinco Konther se encontraban presos en aquellas jaulas, todos del nivel más alto. Allí se encontraba Valkiriae Star, dentro de un contenedor oscuro, con la luz resplandeciente del neón azul y amarillo: el color de las prisiones para las criaturas prófugas como ella. Ilma Tuth dio los buenos días a Star y le entregó comida y agua. Ella no respondió. Cogió los regalos del



distinguido Tuth y volvió a su rincón de soledad. Ilma Tuth se disculpó, no podía quedarse a hablarle ni a contarle cuentos maravillosos de los dioses antes de los terranos. Tenía otro regalo que entregar. Cómo le prometió en su última visita, Leviathan recibió también agua y comida. A diferencia de Star, Leviathán respondió a Ilma Tuth: a cambio del regalo de su eminencia, Leviathán accedió a darle su única pertenencia. Desconectó los circuitos de su mano biónica y la entregó al Konth. Una transacción realizada con éxito.

Ilma Tuth salió por la puerta monumental de la Maltonta y pidió a Cusam que subiera la jaula de Leviathan a su carruaje mientras le entregaba la mano biónica del Konther: ya no era de su pertenencia. Cusam obedeció con la boca llena de pan y café. Escupiendo mientras daba órdenes a sus soldados, se inclinó ante Ilma Tuth y se adentró en su hogar. Silka Delaney ayudó a entrar a su maestro en el carruaje. Al entrar ella después de él, Silka Delaney hizo algo que hacía ya años que no sentía: se sorprendió. Se sorprendió al ver a la pequeña Sira sentada al lado de Silka Santacruz. Era de lo más inusual que el joven maestro trajera a la pequeña a un lugar cómo este.

— Insistió tanto... No pude negarme – contestó Ilma Tuth. Eran muchos los años que pasó con su nana. Conocía de sobras las expresiones de Silka Delany –. No te preocupes, nani, nadie nos ha visto, ¿verdad amor mío? No pude evitar decirle dónde veníamos hoy y su cara de estrella reluciente me pedía que la trajera, aunque no pudiera salir del carruaje. Y es que cada vez estamos más cerca de ella, mi pequeña galaxia.

